

Traductoras de la Edad de Plata

El libro que coordina Dolores Romero rastrea una faceta olvidada de varias escritoras del 27

GONZALO SANTONJA



Estudiada la Edad de Plata de la literatura española desde muy distintos enfoques y perspectivas, sin embargo todavía quedan temas, autores y tendencias pendientes de análisis, como este de las traductoras, tan oportunamente puesto en liza por Dolores Romero, profesora de la Universidad Complutense con años de indagación sobre raros y marginados de dicho período, que ha sabido congrega a un grupo de especialistas para trazar una incitante galería de «mujeres que se empeñaron» y consiguieron «dejar huellas de sí mismas en palabras prestadas», abriendo sendas ventana a las traducciones de nueve escritoras, algunas tan conocidas como la condesa de Pardo Bazán o Zenobia Camprubí pero otras tan olvidadas como Matilde Ras o María Luz Morales. Las nueve merecen atención.

En primer lugar **Emilia Pardo Bazán**, «nada menos y mucho más que traductora», como acertadamente titula su estudio Ana María Freire, autora de una gran obra narrativa que no debiera de oscurecer su labor de pionera en calidad de introductora de la novela rusa y adalid del Naturalismo en España, admira-

dora de Zola pero admirador sin papanatismo, consciente de que eran los hermanos Goncourt la fuente de aquella nueva tendencia literaria. En la faceta que aquí nos ocupa, doña Emilia constituye una «cuestión palpitante», traductora de obras como 'París' de Auguste Vitu e impulsora de la versión al castellano de no pocas novelas francesas a través de su Biblioteca de la Mujer, empresa lanzada y costeada merced a la herencia paterna

A continuación **Carmen de Burgos**, cuya semblanza inicia María del Carmen Simón Palmer con una alusión de justicia a Isabel de Correa, sefardí de finales del siglo XVII, la primera traductora de nuestra historia. Su aportación resultó crucial para la modernización de la literatura española, porque su trabajo abarca desde las primeras versiones de Renán para Sempere o Ruskin para Prometeo hasta las últimas de Nerval en Biblioteca Nueva o 'El ratoncito japonés' en Rivadeneyra, versión rescatada por La Sonrisa Vertical. Compañera de Ramón Gómez de la Serna, fija al respecto un modelo de perseverancia.

En tercer lugar **María de la O Lejárraga**, esposa de Gregorio Martínez Sierra, 'negra' de su marido, autora de sus artículos, libros y hasta de sus conferencias, escándalo de suplantación inapelablemente demostrado por Antonina Rodrigo. Persuadida del alto va-

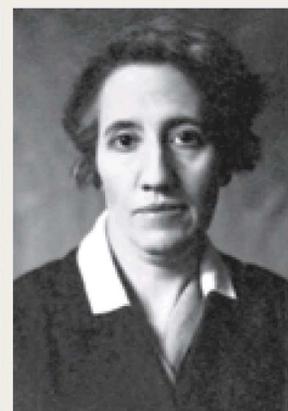
lor intelectual de las traducciones («también traduciendo se puede hacer obra de arte»), en ese campo cuajó una trayectoria tan prolífica como brillante, con traslados de Verlaine, Shakespeare, Stendhal o Maeterlinck y ensayos a propósito de Edgar Allan Poe, laberinto de «obras menores» que Juan Aguilera Sastre ha sido capaz de reconstruir, rescatando su labor en el exilio a través de la editorial Losada.

Sigue **Isabel Oyarzabal de Palencia**, colaboradora de Nicolás M. Urgoiti, fundador de Papelera Española, traductora de la imprescindible Colección Universal de Calpe, antecedente y modelo de Austral. El retrato trazado por Gracia Navas Quintana dista mucho de lo hagiográfico, ya que descubre el lado oscuro de su quehacer, con errores de bulto y manipulaciones notables, encomiable actitud crítica que sienta un punto y aparte, porque la reivindicación de escritoras marginadas suele teñirse de tonos apologeticos.

En cuanto a rigor, Oyarzabal de Palencia encuentra su contrafigura en **María de Maeztu**, que al juicio fundamentado de Anna T. Macías García trasladó desde el inglés y el alemán una serie de «ensayos pedagógicos en traducción» siempre fiable, empeño coherente y complementario con su faceta de pedagoga, impulsora de «planteamientos modernos en parte recogidos en el pensamiento educativo que se pretendió poner en prácti-



Emilia Pardo Bazán en 1916. :: EL NORTE



Matilde Ras. :: EL NORTE



Zenobia Camprubí.



María de Maeztu en su despacho, en los años veinte. :: EL NORTE

ca durante la Segunda República». María de Maeztu está en el fondo de no pocas iniciativas renovadoras.

A su vez **Matilde Ras**, analizada por María Jesús Fraga, ofrece un perfil interesanti-

mo: hija de Matilde Fernández, pionera en la causa de la instrucción de la mujer, autora de la novela 'Concha, historia de una librepensadora' (1885), su madre la formó (a ella y a su hermano, el tam-

bién escritor Aurelio Ras) en la lectura de los clásicos. Con los años destacó en calidad de grafóloga y se forjó un nombre como cuentista, además de traducir a Georges Sand y a diversos poetas catalanes y

De todas las cosas

El autor, José Malvís, en uno de los primeros poemas, el titulado 'Mission to the stars', advierte, tal vez al lector, tal vez a un interlocutor que ignoramos: «No tienes que amar la ciencia ficción por encima de todas las cosas/ ni siquiera tiene por qué gustarte». Y no, no hace falta amar la ciencia ficción

por sobre todas las cosas para acercarse a 'Replican-Test', por más que por muchos aquí y no pocos allá, el poemario esté sembrado de manojos de cables, perdón de versos, que se refieren de forma nada indirecta a aquel autor, a este libro, película o cuento de ciencia ficción.

Especialmente la película 'Blade Runner', como verá a

primer vistazo todo aquel que haya visto la película. Ya el propio título del poemario, 'Replican-test', es una referencia directa a la película de Scott. Mucho más que a la novela de K. Dick, a quien, por supuesto, hay referencias. Como a Asimov, a C. Clark, tantos otros, esos personajes televisivos. A motores, a las propiedades de la fi-

EL TALISMÁN DE LA COSTURERA

CIRO GARCÍA



sica y el funcionamiento de cerebros duros o blandos, de la neurona y el solenoide. En sus versos nos habla, y nos habla de muchas cosas, tal vez de todo, de las emocio-

nes del electrón y la dendrita, los dolores binarios del cableado y el músculo, química, sentimentalmente, herido. De las aspiraciones, tan simples (una mirada de reconocimiento, por ejemplo), de las naves capaces de superar la velocidad de la luz.

Así que quizás no haga falta amar la ciencia ficción por encima de todas las cosas — sobre todo si tenemos en cuenta que 'amar', y 'por sobre todas las cosas' son, según mi experiencia, poco menos que incompatibles, o imposibles—, pero tener alguna referencia



'Blade Runner'.



María de la O Lejárraga.

Carmen de Burgos.

franceses. Durante la postguerra se vio obligada («por razones de supervivencia») a adaptar (que no a traducir) con una libertad posiblemente excesiva trece títulos de la condesa de Ségur.

La trascendencia de **Zenobia Camprubí** es evidente, y su obra goza de reconocimiento, absolutamente fundida con su esposo Juan Ramón Jiménez en la difusión de Rabindranath Tagore, traductora ella «sencilla, directa» y traductor literario él, «cuidando el ritmo y la estética», con el resultado de unas versiones exquisitas, luego extendidas a otros autores (como Blake, Poe o Eliot) y divulgadora finalmente de su marido en el ancho mundo del inglés. Con una personalidad acusada, que trasciende el tópico de la secretaria de Juan Ramón, Emilia Cortés Ibáñez ha logrado trazar una síntesis estimulante de su pluralidad, a veces minimizada.

Ahora bien, si minimizada Zenobia Camprubí, qué decir entonces de **Mari Luz Morales**, «pionera en el ámbito del periodismo profesio-



RETRATOS DE TRADUCTORAS EN LA EDAD DE PLATA

Dolores Romero López, ed., Madrid, Escolar y Mayo, 2016, 248 pp., 16 euros.

nal femenino», con un sitio ganado a pulso en las mejores cabeceras de antes de la Guerra (in)Civil, desde 'El Sol' a 'La Vanguardia'. Ejemplarmente «consciente de los problemas semánticos que entraña una traducción literaria», no traducía, sino que reescribía y adaptaba, unamuscamente fiel a la médula de las obras y no tanto a las literalidades, cara y cruz de la misma moneda.

Por último la poeta **Ernestina de Champourcin**, estudiada por Julio César Santo-

yo, esposa de Juan Chabás, matrimonio exiliado que encontró en las traducciones para el Fondo de Cultura Económica un modus vivendi apurado pero desarrollado entre libros, que era su causa. «Empezamos a traducir como locos... pues había que vivir», recordaría ella, o mejor dicho sobrevivir, pues apenas «te pagaban un peso veinticinco por folio», lo que folio a folio o peso veinticinco a peso veinticinco se concretó en nada menos que catorce mil páginas. Falleció en Madrid y 1999, a punto de cumplir 94 años, prácticamente sorda, casi ciega y casi aislada.

Por último, decía, pero no como fin, porque el libro se cierra con un 'índice de traducciones' entre 1868 y 1936 a cargo de Patricia Barrera que incluye varios cientos de referencias precisas, lo que de por sí evidencia la oportunidad de la obra y la magnitud del tema.

Dolores Romero ha dado de lleno en la diana de los aciertos. Estos Retratos, que no agotan el tema, eran muy necesarios.

quizás no esté de más. Quizás algunos versos no lleguen a destino –sea cual sea ese–. Es difícil, creo, entender, sentir, simpatizar versos como: «(...) a favor de que la lluvia ácida encarcele a Deckard de una maldita vez y así Pris/ valiente pueda seguir enseñándonos cómo soñar y vivir/ sin joder a nadie ni mentir», sin saber quiénes son Pris y Deckard. Sin tener esas referencias en nuestro imaginario, que es, cada vez estoy más seguro, parte de nuestras vivencias, tanto como los polvos arrancados

por piedad o por deseo, tanto como el resentimiento, la cola del paro, el ladrillo roto en una esquina, el sexto cigarro del día, o el quiosco donde alguna vez compramos caramelos o porno.

Porque si algo nos dice por encima de las demás cosas que nos dice –que son muchas: nos dice sobre el amor y sus contrarios, sobre el asco y las alegrías, sobre todo, quizás, eso ya lo he dicho– este poemario es que hay vivencias que no hemos 'vivido', pero que no son más falsas que cualquier encuentro en

una plaza o mesa de bar. Aquellas que vienen de nuestras pasiones, o, más bien de nuestras lecturas apasionadas. Que unas, a ciertos niveles, no son más o menos importantes que las otras. Que algunos, por ejemplo, no dejaremos de otear una lluvia intensa para ver si entre el agua acertamos a ver las torres de la Tyrel Corporation. O que ciertos días perros, nos miremos las muñecas, como Pinocho, como Roy Batty, y nos preguntemos si somos niños de verdad.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Mosaicos del corazón

V. M. NIÑO

Un extraño hallazgo arqueológico es el punto de partida y de encuentro de todos los personajes que expone Ana Alcolea en 'El secreto del espejo', Premio Cervantes Chico 2016. En ese objeto confluyen las vidas de Marga y Federico, los padres de Carlos, de este y Elena, de Cayo y Yilda.

Alcolea alterna dos tiempos narrativos, el coetáneo del espejo, en pleno Imperio Romano, y el actual. Distinguidos tipográficamente, se suceden las dos historias que mantienen algunos elementos comunes: el descubrimiento del amor, la gata y la luna, el espejo o la complejidad de las relaciones humanas. Marga es arqueóloga, trabaja en un museo al que Federico, su marido intermitente, lleva un extraño objeto. Mientras ellos investigan, la autora nos va contando la vida de Yilda, una druida en Britania. Apenas es una niña, pero sus po-

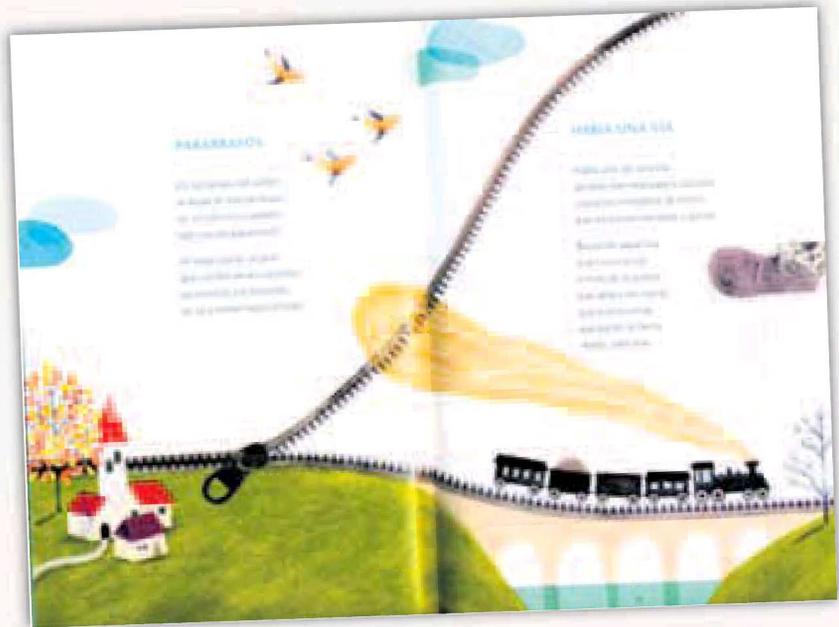
deres son codiciados y temidos por quienes la rodean. Acabará huyendo de su encarcelamiento y caerá en manos de los soldados romanos. Logra salvar al tribuno de la muerte por la picadura de varias abejas y se convierte en el más preciado botín de esa expedición. Su dominio de las hierbas, su capacidad para sanar y para intuir el peligro le granjean un destino privilegiado en Roma.



EL SECRETO DEL ESPEJO

Ana Alcolea. Anaya. Premio Cervantes Chico 2016. 232 páginas. 9,50 euros. A partir de 14 años.

Intercaladas con las aventuras de Yilda, transcurren las dudas del corazón de Carlos. Su querida Elena, compañera del instituto y bailarina, recibe una beca para ir a Amsterdam. La prueba para su incipiente amor es afrontada de distinta manera por ambos. Mientras, la investigación arqueológica concita la atención de todos. El misterio va desvelándose, se trata de un espejo con una inscripción druida con el nombre de su dueña, que no es otra que la protagonista de la historia romana. Alcolea va tejiendo una breve trama que hila ambos mundos, en los que la búsqueda de los adolescentes, las dudas y los intentos fallidos de los adultos y la exposición de todos a los riesgos emocionales de la vida van exponiéndose de forma natural. La existencia es un intento continuo a cualquier edad y condición. Esa falta de certezas es uno de los aciertos de esta recomendable novela.



Nanas para electrodomésticos

V. M. N.

El 'telégrafo escacharrado', el frigorífico que congela el amor o la tostadora que sueña bien valen un poema. Eso es lo que pensó Pedro Mañas al hacer rimar las historias de los trastos que nos rodean, que hacen más cómoda la vida. 'Trastario. Nanas para lavadoras' recopila 31 poemas que miran de otra manera a los electrodomésticos.

Mañas «teje bufandas de palabras» en torno a la 'lavadora', el 'tocadiscos', el despertador o los 'trabatrastos', a saber, los que «trotran tráfi-

co a través», el trolebús, el tranvía y el tren. El pararrayos y la vía, el pelapatatas y el catalejo, son cachibaches



TRASTARIO

Texto de Pedro Mañas. Ilustraciones de Betania Zacarías. Kalandraka. 40 páginas. 14 euros. A partir de 7 años.

ajenos al mundo digital de los niños del siglo XXI y, sin embargo, elementos indispensables en su medio.

De tanto versar sobre ingenios, el autor repara en la receta para «hacer un monstruo». El lugar donde fraguará la nueva criatura será la lavadora. Ingredientes curiosos, proceso detallado, hasta dar con «Un monstruo tierno/ un amigo/ al que abrazar en invierno».

Los poemas de Mañas están sutil y graciosamente acompañados por las ilustraciones de la bonaerense Betania Zacarías.